

Realidad y medios de comunicación: a propósito de un nuevo relato

Facundo Ponce de León

1. Televisión y realidad

En 1967, en prácticamente todos los hogares de Occidente hay un televisor. Bastaron pocos años para que el invento se masificara. Ese año Guy Debord publica *La sociedad del espectáculo*. El diagnóstico es contundente: la televisión es la irrupción de la irrealidad como modo de vida. Lo que produce la alienación de los humanos ya no es el trabajo, como creía Marx, sino la *espectacularización en la representación de la realidad*. La imagen espectacular es el nuevo opio de los pueblos. Nos transporta a un mundo que no existe, a un “ver por ver”, a un simulacro de realidad que, como explica Baudrillard, es el producto de fundir la realidad en la ficción.

Esta fusión entre lo que es y lo que parece, lejos de producirse en un ámbito específico, es transversal a todas las esferas de la vida: economía, política, sociedad, cultura, relaciones personales, laborales... Todo se realiza y se interpreta en clave de espectáculo o, lo que es lo mismo para Debord, en la lógica del mostrar por el mero hecho de mostrar.

El espectáculo, comprendido en su totalidad, es a la vez el resultado y el proyecto del modo de producción existente. No es un suplemento al mundo real, su decoración añadida. Es el corazón del irrealismo de la sociedad real. (Debord, 1992)

Aquel sistema capitalista nacido de la ética puritana, como mostró Max Weber, paradójicamente nos pide ahora que seamos sujetos de placer constantes para que el mercado funcione. El sistema es consumo incesante y este se lee y se produce en clave espectacular. En esta línea también se ha definido la sociedad el espectáculo como “la democracia del momento: vivir en conexión directa con un universo de acceso directo, ‘todo y en el acto’, amplio autoservicio sin ceremonia” (Imbert, 2004, p. 72).

Si seguimos esta línea argumental, concluiremos que la representación se diluye y nos alojamos en el mero mostrar. No hay distancia. Todo es ver

inmediatamente todo. Los teóricos llaman a este proceso la *hiperrealidad*. Es lo que hacen y perpetúan los medios y las redes diariamente: irrupción de las pantallas (ya no solo de la televisión) en la cotidianidad para duplicarla, triplicarla, quintuplicarla.... Ver por ver, mostrar por mostrar.

Ahora bien, ¿cómo se aplica esto al tema de la adolescencia, la formación de la persona, los delitos y la seguridad ciudadana? ¿Qué sentido tiene hablar de la irrealidad de los medios cuando nos informan de malos tratos a los adolescentes infractores? ¿No es una pedantería intelectual hablar de hiperrealidad cuando un muchacho de 16 años mata a un comerciante y luego se escapa? ¿Qué responsabilidad les cabe a los medios en la construcción de ciudadanía?

Regresando a la televisión, y a los noticieros de horario central, ¿cuál es el criterio para seleccionar las noticias? Según Alsius (1997: 71), a un medio televisivo en España llegan unas mil noticias diarias, y en el noticiero entran no más de veinte. ¿Cómo elegir las?, ¿y cuál es la relación entre la elección de la noticia, su abordaje y la creación de opinión pública?

El teórico Ignacio Ramonet lo plantea en estos términos:

¿Qué es la verdad hoy?, ¿qué es lo que se impone como verdad? Si todos los medios —prensa, televisión, radio— dicen que algo es verdad, eso es verdad. Nuestra sociedad, nuestro sistema de filosofía mediática hace que, cuando todos los medios dicen que algo es así, eso se impone como verdad. Y, si usted dice lo contrario, aunque tenga la razón, aparecerá como alguien exótico y no creíble, como dice Chomsky. Por ejemplo, si a usted lo invitan a la televisión, o a cualquier medio donde siempre hay que hablar en 30 segundos, con la orden siguiente: “Dígamelo todo, pero sea muy breve”, ¿cómo se puede salir de esa apuesta imposible: decirlo todo y ser muy breve?

Ustedes saben lo que los griegos llaman “la doxa”: es la verdad que se acepta colectivamente. (...) si usted dice la doxa, la verdad generalmente admitida, pues lo puede decir en 15 segundos, ni siquiera necesita 30 segundos. Lo que estoy diciendo lo dice Chomsky, y él lo explica así: si usted dice lo que todo el mundo cree, lo puede decir en tres segundos. Si usted dice lo contrario de todo lo que el mundo cree, evidentemente, necesita un poquito más de tiempo para explicar los elementos que constituyen su razonamiento. Pero los medios no aceptan los razonamientos, solo aceptan las impresiones; usted solo puede dar impresiones cuando van en el sentido dominante, lo cual hace que todos los medios participen en la confirmación de los sentimientos dominantes. Así nos sumergimos en ideologías que todo el mundo confirma por una censura de tipo retórico o por una censura de tipo funcional; no con

la voluntad de censurar. Nadie quiere censurar, pero poco a poco se impone esta censura. (Ramonet, 2003)

La base del razonamiento de Ramonet es que hay cosas que llevan tiempo, extensión, duración, y a eso los medios masivos se niegan porque significa pervertir el espectáculo, pulmón principal de la actividad. A su vez, lo espectacular se convierte en lo comúnmente admitido; la *doxa* pasa así a ser, también ella, espectáculo.

Ya en 1983, en su artículo “La transparencia perdida”, Umberto Eco advertía el problema específico de la televisión: no representa realidad, la crea. Una vez instalada esa “realidad” creada por los medios y las redes, comienza a perpetuarse, y salirse de allí parece una tarea hartamente compleja. Pero no es imposible.

2. Relatos adolescentes

Según el estudio realizado por Equipos, la gente percibe que lo que informan los medios sobre la adolescencia no se ajusta totalmente a lo que pasa. Es decir, la *doxa* sabe ya que los medios y las redes suelen atrofiar lo que sucede. En otras palabras, hay una opinión pública que sabe que no todo es espectáculo. Lo complejo en nuestro contexto, a pesar de esa concientización, es no quedar atrapado en esa red de información que establece, una y otra vez, que los adolescentes son una amenaza para la seguridad.

Entre enero y junio de 2016, según el relevamiento de prensa realizado por UNICEF, se publicaron 242 notas referidas al tema de la adolescencia y la seguridad. Esto da un promedio de 40 noticias diarias. Lo curioso es que en todo ese caudal de información no hay artículos de opinión (solo hay dos y más bien generalistas, que abordan el tema macro de partidos políticos y seguridad). Lo que hay es información, es decir, jóvenes que roban, que rapiñan, que se encierran, que se escapan... y muchos datos sobre burocracia estatal (INAME, INAU, INISA, SIRPA, PROMESEM).

Esa información genera un relato que establece una conexión directa entre el comportamiento público de los menores y el aumento de la inseguridad. Ese relato es la base del populismo penal, es decir, de la idea que solo con mayor represión y encarcelamiento podrá mejorar la seguridad. Es un relato antropológicamente falso, sostenido sobre una idea equivocada del control: todos los buenos padres que han existido en la historia han dado libertad a sus hijos. No han querido ni han

podido controlarlo todo. Las historias de crecimiento y superación humana contienen al menos una orden que fue desobedecida.

Según el estudio de Equipos, la percepción de inseguridad en Uruguay se nutre de cuatro fuentes:

- lo que se escucha y ve en los medios de comunicación;
- lo que se cuenta en el espacio público;
- lo que les ha sucedido a personas conocidas;
- lo que se ha vivido.

Las cuatro fuentes van de mayor a menor, es decir, la mayoría de las personas que perciben inseguridad no han vivido episodios de inseguridad en carne propia, sino que esa sensación es alimentada por la información proveniente de las otros tres fuentes.

Sobrecogido, desde su despertar, por la radio (la voz es la ley), el oyente camina durante todo el día por el bosque de las narraciones periodísticas, publicitarias, televisivas que, ya entrada la noche, destilan todavía los últimos mensajes, en los umbrales del sueño: más que el dios narrado por los teólogos de ayer, estas historias cumplen la función de providencia y predestinación: planifican nuestras labores, nuestras fiestas y hasta nuestros sueños. (Certeau, 2000: 202)

La cita anterior requiere introducir la diferencia entre *información* y *narración* como modo de plantear una alternativa al relato del populismo penal alimentado desde los medios de comunicación.

Es imprescindible que la información suene plausible. Por ello es irreconciliable con la narración. La escasez en que ha caído el arte de narrar se explica por el papel decisivo de la información. Cada mañana nos instruye sobre las novedades del orbe. A pesar de ello, somos pobres en historias memorables [...] Es que la mitad del arte de narrar radica, precisamente, en referir a una historia libre de explicaciones. (Benjamin, 1999: 117)

La diferencia entre lo narrativo y lo informativo es que en el cuento hay distancia, hay representación y, por lo tanto, se deja entrever que hay una realidad que se representa y no que se simula ni que se sustituye. Lo narrativo es un modo de acceder a un sentido que la pura información no tiene.

Es necesario generar una nueva narración sobre la adolescencia y la seguridad ciudadana. Es ineludible introducir la *historia memorable* en un mundo hiperreal que nos llena de datos, nos llena de siglas, nos llena de leyes, nos llena de miedos y

nos deja vacíos. Que los Estados tienen la obligación (artículo 40.4 de la Convención sobre los Derechos del Niño) de establecer penas no privativas para los adolescentes infractores es algo que queda trunco si no está inmerso en un relato que dé sentido.

Necesitamos datos para ejecutar políticas; los datos son información que debe estar inserta en una perspectiva para que no devengan pura burocracia estadística. En otras palabras: se necesita información confiable para crear políticas. La base es la confianza. La información estadística, si bien necesaria, no es suficiente para comprender de qué estamos hablando cuando hablamos de penas no privativas.

La opinión pública, como demuestra el estudio de Equipos, es consciente de que la información está deformada, pero no genera un contrarrelato. Y no lo genera porque no es su tarea ni su competencia. Ese relato debe “llegar” y “entrar” en la opinión pública. El relato hoy es que necesitamos mayor seguridad y endurecimiento de penas a los menores. No se visualizan las penas no privativas como algo justo y eficiente. Urge construir un contrarrelato. A su vez, los medios, aunque transmiten valores, no los construyen. Podrán planificar nuestras vidas, como dice Michele de Certeau, pero no serán jamás hacedores de virtudes porque estas brotan en las relaciones familiares y formativas, no en las relaciones mediáticas.

Digámoslo de una vez: en el espacio fracturado, esquizoide, de la postmodernidad, los “medios de comunicación de masas”, bajo la cobertura de su simulacro de comunicación, y bajo el incentivo seductor del espectáculo que construyen, terminan por convertirse en generadores de un ruido incesante con el que el sujeto pretende tapar la emergencia de lo real [...] Lo que se olvida es, después de todo, algo tan sencillo como esto: que para que la comunicación pueda conservar su digno nombre lo importante es tener algo (necesario) que decir y decirlo, solo, cuando es necesario. O, en otros términos, que solo el silencio dota de sentido y espesor a la palabra. (González Requena, 1988: 159)

Los datos sobre dónde, cómo y cuándo delinquen los adolescentes son pan de cada día. Un relato sobre qué significa dejar de ser niño pero no ser todavía un adulto es algo que escasea. Es necesario un contrarrelato a la pura información sobre la inseguridad. El modo de generarlo no es mediático; es un trabajo casa por casa, joven por joven.

Una objeción se podría plantear aquí: ¿acaso generar un nuevo relato sobre la adolescencia no es un modo de abonar la hiperrealidad de la que hablamos al

principio?, ¿de confundir aún más eso que llamamos *acceso a la realidad*? ¿Con qué criterio se puede establecer que el acceso a lo real es mejor a través de la narración que a través de la información?

El objeto propiamente dicho del conocimiento humano no es la entidad material de las cosas, sino su significado dentro de un sistema de coordenadas lógicas y simbólicas a la vez. Con ello no pretendemos decir que el objeto real o la materia no existan; ciertamente existen, pero no emergen en el campo de la percepción y la conciencia sino en cuanto dotados de alguna función e integrados en un sistema significativo. (Ortiz, 2004: 472)

Esta idea hermenéutica de que no hay acceso único a lo real, que hoy suena casi como una obviedad, fue revolucionaria en la historia de la filosofía, que desde Platón creía en un acceso privilegiado a la realidad, independiente de nuestro lenguaje y nuestros sentidos. La modernidad se supuso también en posesión de la realidad y la verdad objetivas: espíritu absoluto en Hegel, leyes de la historia en Marx, Estado positivista en Comte. Todo esto en el marco de una ciencia que se erigía en verdad y certeza absoluta. Hasta que el siglo XX, con sus dos guerras mundiales y su guerra fría, liquidó la idea de que razón y ciencia eran el camino de la plenitud humana.

Surge entonces la posmodernidad, que es, en este contexto, un proyecto humilde, sabedor de que solo accedemos a la realidad desde una perspectiva lingüística y simbólica; sabedor que la posesión de la verdad objetiva puede ser el preámbulo de la violencia. El problema de esta humildad posmoderna es triple: relativismo, nihilismo, fanatismo.

Si no hay acceso a la verdad, entonces ¿todo vale para llegar a ella? (relativismo). ¿Es tan válido un *reality show* como un noticiero, tanto seguir con la cámara a un adolescente que va a comprar pasta base como desentenderse de lo que pasa? (nihilismo). Si no hay acceso a la verdad objetiva, pero yo tengo la mía, ¿no será mejor defenderla con uñas y dientes en vez de con razones? (fanatismo).

La mejor manera de responder a estos tres peligros es regresar a la dimensión del relato. En lo que aquí nos toca: contarnos a nosotros mismos otra historia sobre la adolescencia y la seguridad. Ahora bien, ¿cómo se hace un nuevo relato? ¿A quién corresponde esta tarea? ¿A los medios masivos?, ¿a los publicistas?, ¿a los centros educativos?, ¿a las ONG? Siguiendo el pensamiento de Hannah Arendt, responderé que esta tarea necesita de una disposición artística.

El capítulo dedicado a la acción en *La condición humana* comienza con una frase de Dinesen que reza: “Todas las penas pueden soportarse si las ponemos en una historia o contamos una historia sobre ellas”. Lo importante es la adquisición de una cierta capacidad narrativa. Si no sonara tan azucarada la frase, debería decirse que habría que buscar el artista que hay en cada uno, en el sentido de saber contar y contarse la vida. Ejercitar la capacidad imaginativa-creativa de narrarnos quiénes somos.

El mundo está lleno de historias, de hechos y de ocurrencias, de sucesos extraños que solo aguardan a ser contados [...] no hay que crear la ficción sino aceptar lo que la vida te da. Demuestra que estás a la altura de todo recordándolo y analizándolo, repitiéndolo en tu imaginación; esta es la forma de mantenerse con vida. (“Isak Dinesen”, en Arendt, 2001: 220 y 105)

Lo artístico, lejos de ser un espacio reservado a los estetas, es un lugar políticamente clave para todo ciudadano. La persona que, repitiendo en la imaginación lo sucedido, hilvana así una narración de sí misma, tendrá esa capacidad artística que da profundidad temporal y aleja la banalidad, algo que desvelaba particularmente a Arendt. No es un patrimonio exclusivo del artista profesional. “Ninguna cabeza científica podrá nunca agotar, ni ningún proceso de la ciencia alcanzar, lo que el artista puede decir sobre el contenido de la vida. El arte es el órgano de la comprensión de la vida” (Dilthey, 2000: 215).

Una de las principales características que debe tener el contrarrelato es la introducción de esta capacidad narrativa-imaginativa. Que falle la imaginación en los adolescentes, en el sistema penal, en los medios de comunicación, en la discusión pública, es uno de los problemas por resolver. Creatividad e imaginación son dos conceptos clave para evitar la delincuencia juvenil y, sobre todo, la reincidencia.

El tiempo de lo artístico, mal que les pese a los burócratas, es fundamental para que el espacio público no quede sofocado por la información. Los organismos dedicados a la adolescencia, las personas que se desvelan por promover penas alternativas a la privación de libertad, deberían trabajar con esta cuestión narrativa-artística que haga posible emerger un nuevo relato para esa adolescencia amenazada por el miedo de los adultos.

Esto no es relativismo, ni nihilismo, ni fanatismo. El espacio público tiene que darse razones. Tiene que haber construcción ciudadana a partir de las identidades

y estas tienen que construirse en clave narrativa. Desde el mundo adulto, como lo confirma el estudio de Equipos, se suele asociar la adolescencia con la falta de valores, de sacrificio, de respeto a las reglas, consumismo, descontrol. Ninguna de esas faltas es responsabilidad de los adolescentes. Incluso hay argumentos históricos claros que demuestran que han sido los adultos los principales propulsores de los males que hoy se recriminan a los jóvenes. Es necesario que el contrarrelato haga hincapié en este malentendido. Es una de las maneras de desarticular el populismo penal.

3. El espacio público en vez de la psicología

Un último aspecto tiene que ver con la recuperación del espacio público como lugar de formación cívica y personal. Hoy ese espacio está desatendido. Históricamente lo público es lo que nos permite heredar, compartir, legar el mundo más allá de nuestros vínculos de sangre o nuestro círculo íntimo.

La crisis de lo público se debe a dos razones: una es la espectacularización de los medios de la que hablábamos al principio, preocupados más por el *show* y el consumo que por lo público, y la segunda es un auge desmedido de la psicología, como si todo se resolviera con terapias introspectivas.

El 100 % de las personas que participaron en el estudio de Equipos sugieren la atención psicológica-psiquiátrica como estrategia principal de solución de los menores infractores. Al mismo tiempo, hablan de “tareas comunitarias” que ayuden a la rehabilitación. El ejemplo que dan es siempre el mismo: reparar un banco de plaza o barrer el parque. Se deja ver aquí una cierta apatía: “... que hagan algo comunitario..., que limpien la plaza...”. Si bien la tarea comunitaria es pública, lo que deja entrever el estudio es la escasa importancia que se le da a esto, sobre todo en comparación con las expectativas depositadas en la tarea psicológica.

¿Por qué no hablar de creación de *espacio público* en vez de tareas de trabajo comunitario? ¿Por qué no pensar que el menor puede aprender más en el espacio público que comparte con otros que en el espacio privado de la terapia? Tenemos que recuperar la vida cívica, no entendida como participar en la política partidaria sino entendida justamente como trabajar por el bien público. Quizás eso cure más que la psicología.

El mundo espectacular, con su clave de consumo narcisista, ha puesto demasiado énfasis en el individuo aislado; por eso siempre se piensa primero en la

terapia individual. Se piensa que restaurar el vínculo con los otros es algo que sucede luego de que se el individuo se restablezca consigo mismo. Ese es el quid del error psicológico contemporáneo que se repite en los estudios sobre penas alternativas: el menor infractor tiene que ir al psicólogo. Mientras la terapia lo cura, que barra la vereda. A nadie se lo ocurre que puede ser la tarea pública lo que lo cure. Todos pensamos que nos curamos primero adentro (psicología, ámbito privado) y luego afuera (espacio público). Esto no tiene por qué ser así.

Otra vez más es necesaria la imaginación. En nuestro contexto, romper con la idea de trabajos comunitarios e introducir la recuperación del espacio público. Lo importante no es que el menor barra o repare el banco de la plaza; lo importante es que en ese banco de plaza pase algo más que sentarse a chatear con el celular o que un anciano lleve pan a las palomas. Quizás una tarea de rehabilitación es que tengan que hablar con todos esos ancianos que están solos en las plazas. Y pasar en limpio sus historias. Y ayudarlos con la tecnología. No es trabajo comunitario menor, es recuperación de espacio público. Aquí la tarea psicológica puede consistir en darles herramientas para comunicarse con esos ancianos, en vez de ser introspectiva.

Uno podría imaginar que ese encuentro generacional haga surgir historias rehabilitadoras, encuentros que cambian el destino. Nuevos modos de ciudadanía.

Bibliografía

Alsius, Salvador (1997), *Catorce dudas sobre el periodismo en televisión*, Barcelona: CIMS.

Arendt, Hannah (2001), *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona: Gedisa.

Benjamin, Walter (1999), "El narrador", en *Por una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid: Taurus.

Certeau de, Michele (2000), *La invención de lo cotidiano*, México DF: Universidad Iberoamericana.

Debord, Guy (1992), *La sociedad del espectáculo*, París: Gallimard. Versión electrónica disponible en <http://www.observacionesfilosoficas.net/download/sociedadDebord.pdf>.

Dilthey Wilhelm (2000), *Dos escritos sobre hermenéutica*, Madrid: Istmo.

Eco, Umberto, *La estrategia de la ilusión*, Barcelona: Lumen.

Gadamer, Hans G. (1996), *Verdad y método*, Salamanca: Sígueme.

- González Requena, Jesús (1998), *El discurso televisivo: espectáculo de la postmodernidad*, Madrid: Cátedra.
- Imbert, Gérard (2004), "De lo espectacular a lo especular", en *Cuadernos de Información y Comunicación*, Madrid.
- Lyon, David (1996), *Postmodernidad*, Madrid: Alianza.
- Ortiz Osés, Andrés (2004), *Diccionario de hermenéutica*, Bilbao: Universidad de Deusto.